972.62081
M366c

CORONA FUNEBRE

En memoria de las víctimas de Veracruz.

"Mátalos en caliente"

Porfirio Díaz.

Precio 50 cs.

UNIVERSITY OF
ILLINOIS LIBRARY
AT URBANA-CHAMPAIGN
STACKS

LA HECATOMBE DE VERACRUZ

CORONA FUNEBRE

EN MEMORIA

DE LAS VICTIMAS SACRIFICADAS

LA NOCHE

DEL

24 al 25 de Junio de 1879

IMPRENTA

"FIAT LUX"

3ª CALLE DE RECABADO Nº 91

MEXICO

1910

LIBRERIA DE PORRUA HNOS. Y CIA.
APARTADO POSTAL 7990
ESQUINA AVDA. REP. ARGENTINA
Y CALLE DE JUSTO SIERRA
MEXICO, D. F.

In memoriam.

Cedit item retro, de terra quod fuit ante,
In terras; et quod missum est ex ætheris oreis,
Id rursum relatum templa receptant.

972.62081
M366c

Gen Res 12 Jan 96 Forma

Prólogo del Editor.

La Historia, cual relicario santo, guarda en su seno las acciones buenas y las acciones malas de los hombres: las primeras para que las imitemos y las segundas para que evitemos su repetición. Sus lecciones son la enseñanza del bien para impedir el mal; son odio al crímen y amor á la virtud. Por eso maldecimos á Nerón, mientras se lleva nuestras bendiciones el modesto Cincinato.

Al reproducir esta CORONA FUNEBRE en memoria de los Mártires de Veracruz, no nos guía el odio á Porfirio Díaz ni á su cómplice Mier y Terán: nos impulsa el amor á la Justicia, el culto por la Verdad y el Bien. Deseamos que el pueblo mexicano conozca á sus hombres tal como son y no como la adulación los pinta; que una vez conocidos por sus hechos, si él los juzga héroes, los venere como á tales; pero si sólo son ambiciosos vulgares, que por conservar el poder cometen los más odiosos crímenes, entonces que los trate como se trata á todos los criminales.

Las víctimas sacrificadas en Veracruz, la noche del 24 al 25 de Junio de 1879, no habían cometido ningún delito. Algunos de los sacrificados pensaban rebelarse contra el gobierno inmoral y corrompido del Sr. General Díaz,—gobierno emanado de la revuelta y sostenido por el oro y la violencia,—otros ni siquiera pensaron rebelarse; fueron tan inocentes como los Mártires de Tacubaya que asesinó el mil veces maldito Leonardo Márquez, el 11 de Abril de 1859.

Pero..... á que decir más? Leed, hijos del pueblo, leed esta CORONA FUNEBRE, y, si al leerla, vuestros ojos se enturbian por las lágrimas..... secadlos; no lloréis, sino recordad que sois hombres, que sois ciudadanos; que el asesino está en pié y que, sin derramar la sangre de vuestros hermanos, lo podéis castigar, quitándole el poder que no merece, abatiendo su orgullo que en nada está fundado.

Vosotros sois la fuerza; los cañones del Dictador jamás podrán resistir á vuestro empuje. Mañana, 26 de Junio, año del Centenario de nuest a Independencia, las urnas electorales reclaman vuestra presencia. Allí está la caida del hombre funesto que os ultraja; allí está vuest a fuerza, allí sois invencibles. ¡Votad! votad contra el asesino de las víctimas de Veracruz. Y si quiere intimidaros con los cañones, contestad como contestaron vuestros antepasados en Granaditas y en Ayutla.

Vuestro afectísimo amigo y servidor.

Paulino Martínez.

EL HOMBRE.---EL CRIMEN

Awake, Awake!
Ring the alarm bell:
murder and treason!
MACBETH--Act. 2o. 1o

XI

BALANCEANDO el cuerpo, colgantes los brazos é inclinada la cabeza, así anda Luis Mier y Terán: su estatura es elevada, pero más carnosa que musculosa, la cara es llena, enérgica, viril: la mirada es bondadosa, franca, recta. Es una de esas fisonomías que carecen de juego escénico: nada oculta ni disimula. Se ven cruzar sus pensamientos al través de su frente, como al través de ciertas aguas se ve la ondulación de los peces. Por desgracia, las ideas no deben ser muy abundantes en ese cerebro: las paredes del craneo, que por lo común se estrechan al descender al cerebro, en el Sr. Luis Mier y Terán se oprimen de tal suerte, que obstruyen la dilatación y expansión de la materia gris. ¿Es una naturaleza rudimentaria, ó bien la evolución de las especies ha producido en ella un efecto descendente? Entre los actos de ese hombre—si tal nombre puede dársele—y su organismo, existe entera paridad: una vez en la barra de Tampico, que está infestada de tiburones, hizo zozobrar un bote en que iban dos de sus amigos, adrede, pa-

ra tener el gusto de salvarles después la vida. En otra ocasión, de viaje para Nueva Orleans, obligó al capitán del buque, revolver en mano, á que detuviera la máquina para tener el gusto de pescar. Podrían referirse por ese tenor, una infinidad de locuras semejantes, que confirman la perturbación de esa incompleta inteligencia. Mas para qué? si otras no hubiere, sería bastante con la diabólica y monstruosa del 25 DE JUNIO para meterlo en la *camisa de fuerza* de la historia. ¡Pobre loco! el verdadero asesino, el Caín maldito, se llama Porfirio Díaz. Descuida; no bajarás solo á la tumba con tu manto ensangrentado, sino que arrastrarás contigo á Porfirio Díaz, á él, único y odioso culpable!.....

Luis Mier y Terán no tiene derecho al nombre que lleva: se llama Luis Domínguez. Mozo de estribo de un Sr. Mier y Terán, en Orizaba, allá por 1854, muerto ó desaparecido éste, su mozo Domínguez reapareció en Veracruz en 1860 con el nombre que hoy lleva. Trabajó como botero, cargador en los muelles y por último, capataz de trabajadores: por su energía los *patrones* lo querían; por su valor y bondad, sus compañeros le estimaban y temían. Cuando la intervención francesa se alistó como guerrillero é hizo sus proezas; restaurada la República en 67, tornó al puerto de Veracruz, reasumió sus labores de capataz, y llegó á ser el hombre más populachero del Golfo. Porfirio Díaz, que tiene como la serpiente, el don de fascinar á ciertos imbéciles, arrastró á Terán del lado de Tuxte-

EL VERDUGO

General Luis Mier y Terán

pec. La fidelidad, que en los organismos inferiores es terriblemente sumisa, en el organismo de Terán degeneró en bestial: ya no era sumisión de hombre á hombre, sino de perro á amo. Sentíase dichoso el desdichado idiota en lamer aquella mano empapada en sangre: luego, dado el estado patológico de Terán, encontrábase en aptitud de cometer cualquiera locura. Lo que en ese espíritu embrionario hubiera de generoso y humano, se ofuscaría desde el momento en que se tratara de obedecer. Ofuscado la noche del 24, sólo quedó funcionando la ferocidad instintiva de la hiena.....

*
* *

Si desolado y triste es durante el día, por la noche Veracruz es lóbrego; uno que otro farolillo alimentado con aceite, ilumina á trechos, débilmente, paredes amarillas comidas por la acción salitrosa del aire, conservando algunas de ellas todavía los agujeros que hicieron las balas del General Scott. La mar allí, á dos pasos, se incha y truena: dentro del mar, y á algunos centenares de metros, la masa informe del llamado Castillo de San Juan de Ulua, levántase en las tinieblas apenas disipadas por la luz intermitente de su faro. Nada mas lúgubre y sombrío que ese paisaje : el mar semeja un sudario: la tierra parece un cementerio. En esa noche de Junio no hay brisas ni estrellas: el cielo está cubierto de nubes, el suelo con densos vapores. El escenario es trágico, como la escena que en él se representa entre la noche del 24 que termina y la

madrugada del 25 que comienza.....

.....

Por una escueta callejuela desemboca un pelotón de soldados: sus bayonetas despiden reflejos acerados. . En el centro se destaca una forma blanca: es la de un hombre descalzo y en paños menores!—porque es un preso el que llevan los soldados—interroga ansiosamente, ya á éstos que no le responden, ya al oficial que le contesta con evasivas.

—¡Por Dios santo! á donde me llevan capitán? gimió casi el miserable.

—Al cuartel del 23° Doctor, respondió el militar hondamente conmovido.

—Pero me permitirán, llegando, mandar por mi ropa y por mi catre?

El capitán volvió la cara si contestarle, diciendo muy quedo al sargento:

—¡Piensa dormir el desgraciado! sí, el sueño eterno!.....

Al aproximarse al cuartel se oyó una descarga de fusilería: el Dr. Albert Hernández—porque él era—comenzó á temblar, y poseído del terror de la muerte, gritaba:

—Oh! me van á matar! á matar! á matar!!!

La puerta del cuartel estaba abierta de par en par: los soldados estaban sobre las armas y muchos de éllos con los ojos encendidos por la embriaguez. Se les había dado una ración de aguardiente para convertirlos en verdugos. Cuando la escolta que conducía al Dr. Albert hubo penetrado, otro pelotón se acercaba en direc-

ción opuesta, con el bravo marino Jaime Rodríguez, también en ropa de cama.

Adentro, el cuadro no podía ser más pavoroso: formábanlo un patio de muros elevados, enlozado y estrecho: á la izquierda y en el fondo, montones de estiércol en activa descomposición. Una compañía de soldados, formada en ángulo recto, carga y descarga las armas, por secciones, á la voz de un comandante: en el centro yacen tres cadáveres revolcándose todavía en la caliente sangre: son los de Cucto, Ituarte y Gutiérrez. No hay más luz que la reflejada por cuatro linternas: Terán lleva la una en la mano izquierda, teniendo en la derecha la humeante pistola, que acaba de descargar en el oído de Ituarte. La claridad de las linternas riela en los charcos de sangre, dejando envueltos en la penumbra, á los actores de aquella tremenda hecatombe. Albert Hernández aparece á ese tiempo: al verle, Terán, con delirio salvaje, lanzóse hacía él y cogiéndolo por el hombro lo empuja brutalmente.

—¡Ah! es Ud. Doctorcito?

Y dirigiéndose á los soldados, vociferó.

—Ahora á *este, cristianos.* Carguen!

El malhadado joven se asió de las rodillas de Terán implorando misericordia: el vértigo del miedo le hizo prorrumpir en frases inconexas y apóstrofes insensatos. Terán, hombre corpulento, desasióse de aquellos brazos convulsivos que le impedían moverse, haciendo rodar á la víctima sobre las lozas; luego, apartándose rá-

pidamente del sitio de la ejecución, fué á colocarse entre los soldados. Cuando Albert se levantó y se vió rodeado de rifles que le apuntaban, y con tres cadáveres á sus pies, corrió, ya enloquecido, chapoteando con sus pies la caliente sangre de sus amigos y arañando las paredes que, en su terror, pretendía saltar.....Sonó una descarga, y Albert Hernandez cayó de espaldas, rebotando su cabeza en el duro suelo. Levantóse aún sobre las rodillas con los pulmones desgarrados y los intestinos colgando: (las balas eran de gran calibre) otra descarga lo hizo caer desplomado con la cara para tierra. No se levantó más.

—¡Venga otro!

Jaime Rodríguez se adelantó: marino de un valor indomable y de una generosidad proverbial: en Veracruz era muy querido de todos y aun del mismo Terán. Rodríguez no ofreció el espectáculo enervante del Dr. Albert. Por el contrario, encarándose con el verdugo, díjole con impasible acento:

—Te creía un hombre, pero no eres mas que un cobarde, el más cobarde de los cobardes!

—*Cristiano*! fusilaría a mi madre si *EL* me lo mandara! (1) ¿Estas listo?

—Déjame escribir unas líneas, con lapiz, para mi familia.....

---Ni un minuto más; ¡adentro!

Y Terán quiso arrojarle bruscamente dentro

---

(1) Se refiere al telegrama de Díaz: "MÁTALOS EN CALIENTE"

del cuadro; pero el marino, más fuerte y sereno, dióle una tremenda bofetada, colocándose él mismo en la trayectoria de las balas.

---Fuego! rugió Terán.

Jaime Rodríguez se doblegó, y cubriéndose con las dos manos el clareado pecho, por donde se escapaba la sangre á borbotones, pudo lanzar todavía este supremo apóstrofe:

---¡¡¡Miserable asesino! ¡Maldito seas!! (1)

Momentos después nueve cadáveres yacían en el pavimento: la sangre corría hasta empapar los pies de los soldados. La pálida luz del alba entraba tímidamente y en rayos lívidos, en aquel lúgubre recinto, de donde acababa de salir la muerte. Se tenía vergüenza de que el sol iluminara la horrenda carnicería: era preciso enterrar los cadáveres y lavar la sangre antes del toque de diana. Del machero se sacaron dos mulas todavía medrosas por el ruido de las descargas, unciéndolas al carro de la basura: y el carro se empezó á llenar de cadáveres, en fúnebre confusión, destilando sangre y materia cerebral. ¡Pronto á la calle, al cementerio! El día se había echado encima: el mar comenzaba á sacudir su ropaje de niebla, y el vuelo pesado de los zopilotes y el canto lejano de los pescadores, anunciaban la aparición del astro resplandeciente. Las mulas que tiran del carro apenas pueden: pesan tanto los muertos! Los perros vagabun-

---

(1) Todos estos detalles débolos á la amabilidad del Subteniente *** *** que presenció la hecatombe

dos que desinfectan á Veracruz han husmeado el degüello: primero es uno, después dos, y al llegar al cementerio es ya una jauría la que va tras el carretón, lamiendo la sangre que escurre y devorando los sesos que á trechos se escapan y caen, disputándoselos á mordiscos.....Los perros..... he allí el cortejo fúnebre que llevó al cementerio á los últimos Lerdistas.....

¡Dios mio! cuán ricos nos hacen los muertos!

(Tomado de las memorias inéditas de Dn. Sebastián Lerdo de Tejada.)

LA NOCHE DEL CRIMEN

La muerte no es la nada
Sino para la chispa transitoria,
Cuya luz ignorada
Pasa, sin alcanzar una mirada
De la pupila augusta de la historia.
MANUEL ACUÑA.

El 24 de Junio último se encontraba interrumpido el telégrafo de la costa de Satavento, sin que el Gobernador de Veracruz, D. Luis Mier y Terán, supiese la causa de la interrupción. A las 5 de la tarde de ese día se recibió en el gobierno, por extraordinario, la noticia de que el vapor de guerra nacional "Libertad" se había pronunciado en Tlacotalpam, saliendo en seguida para Alvarado, cuya población había secundado el movimiento.

Al saber estas noticias, se apoderó de Terán un pánico espantoso, librando inmediatamente órdenes de prisión contra multitud de ciudadanos pacíficos y alejados de la política, pero á quienes se acusaba, en las regiones oficiales, de no tener simpatías por el actual orden de cosas, y de no prestar su apoyo moral á la administración.

El delito era una calumnia, la calumnia era una sospecha, y ni aún esa sospecha podía formularse de una manera clara y precisa.

El fuero interno, el sagrado tabernáculo de la opinión privada, sin manifestación hostil, sin carácter alguno de oposición ó fuerza: he aquí la

cabeza del proceso, he aquí el auto motivado para arrancar de sus hogares á nueve ciudadanos honrados, fusilarlos sin formación de causa y dejar viudas á ocho esposas y huérfanos á treinta y nueve niños.....

Pero no precipitemos la relación de los sucesos.

A las dos de la mañana del día 25 de Junio, fué Terán, acompañado del Comandante militar de la plaza de Veracruz, al cuartel del batallón núm. 25, y pidió cuatro soldados y un cabo, previniendo al Capitán Antonio Loredo, al Teniente Roselló y al Sub-Teniente Ruvalcaba, que aunque oyesen unos tiros no se alarmasen. En seguida despertó al Teniente Caro y García, ordenando á todos éllos que lo siguieran.

Después mandó que Don Vicente Capmany, Capitán de un bergatín-goleta, fuese sacado de su buque y traido á tierra entre las filas de una escolta. Capmany estaba á bordo, tendido en una hamaca sobre cubierta, tranquilo, tranquilo como su conciencia, sin mancha y sin reproche.

—Dése Ud. preso, le dijo el jefe de la escolta.

—¿Se me permite al menos vestirme? preguntó Capmany.

—Sí, pero en mi presencia, le contestó el oficial..... y media hora después llegaba Capmany al cuartel del 23.

Allí lo esperaba Terán.

—Ud. conspira contra Porfirio, le dijo con acento tembloroso, como si le agitara una pasión

que en vano pretendiera sofocar.

—Yo no conspiro, cuando soy responsable de intereses ajenos, le contestó friamente Capmany; pero no crea Ud. que por eso dejo de tener á todos Uds. en la triste opinión que siempre me han merecido.

Terán no pudo contenerse.

El miedo, ese consejero terrible é implacable, se había apoderado de aquella naturaleza, cuyo vigor se había evaporado en motines militares y en cobardes y alevosas intentonas contra el orden constitucional.

—Voy á fusilarlo á vd., gritó lleno de ira Terán, y sus ojos se inyectaron con ese fluido rojo que, según el poeta latino, despiden los ojos del verdugo.

—Eres un asesino y un cobarde; pero ya que los mexicanos están á merced de la canalla, estoy dispuesto á morir; miserable, aprende á morir como mueren los hombres.....

Una descarga sofocó las últimas palabras del benemérito é ilustre, del valiente y honrado Capmany.....

Los soldados no habían podido herir con tino, en medio de la semi-oscuridad que reinaba en el cuartel.

Terán levantó una linterna, y él mismo alumbró á su víctima.....

Capmany había muerto, maldiciendo á los enemigos de la Constitución, pero con la sonrisa en los labios.

Terán había mandado aprehender á todos los

individuos á quienes sospechaba como desafectos al actual orden de cosas.

En presencia del cadáver de Capmany, sintió el vértigo de la sangre, esa terrible y espantosa locura que los médicos alienistas han calificado como *manía de persecución.*

Creyó que el muerto iba á hablar, y para vencer la preocupacion que lo dominaba, creyó que podía ahogar en sangre, la sangre derramada, y sofocar con nuevas víctimas el reproche de la primera.

Mandó sacar de su casa al Dr. Ramón Albert Hernández, á Antonio Ituarte, ayudante del general Carlos Fuero, y dependiente, después del triunfo de Tuxtepec, de una acreditada casa de comercio; así como á Francisco Cueto, socio de una de las principales agencias mercantiles de Veracruz. Los llevaron al cuartel del 23, los colocaron en línea, Ituarte en el centro, Albert á la derecha y Cueto á la izquierda. Fueron fusilados los tres en el mismo instante.

Diez minutos después sacaron amarrados á Jaime Rodríguez, antiguo práctico del puerto, y á los dos comerciantes Lorenzo Portilla y Luis Alva; los colocaron también en línea, en el centro Portilla, Jaime Rodríguez á la derecha y Luis Alva á la izquierda. Los tres fueron fusilados en el acto.

En seguida toco su turno á los oficiales Ruvalcaba y Caro y García.

Avisó á Loredo y Roselló que éllos también iban á ser pasados por las armas.

Los cuatro jóvenes oficiales intentaron protestar contra semejante crímen, pero todo fué inútil. Terán necesitaba matar. El mayor del cuerpo, Juvencio Robles, suplicó á Terán que no cometiese tal atentado, y que le juraba que aquellos jóvenes ningún delito habían cometido. Terán le dijo que de todas maneras había de fusilar á dos de éllos *siquiera*, y que los designara. Dos de aquellos jóvenes pasaron á la derecha y los otros á la izquierda. Terán mandó hacer fuego, y cayó muerto el Sub-Teniente Ruvalcaba. Caro y García corrió hacia un pelotón de soldados y allí hicieron fuego sobre él, matando á dos soldados y un cabo. Caro y Garcia cayó muerto tambien.

Terán se paseaba á pasos agigantados por la estancia, frenético, ciego, aspirando con cierta voluptuosidad el olor de la sangre.....

Tomemos algunos detalles:

Al ir á fusilar á Capmany, Terán le dijo:

—Voy á fusilar á Ud. de orden del Presidente.

—Se va á cometer un asesinato, contestó Capmany, porque no hay razón para ello, pues mi conciencia no me acusa de ningún delito—Calle Ud.! Fusilen á ese hombre, profirió Terán—Señor: ¿podré escribir unas cartas antes de morir? Tengo intereses ajenos á mi cuidado y necesito arreglarlos; pido solo diez minutos.—Fusílenlo en el acto, rugió Terán sediento de sangre. ¡Pobre esposa! ¡pobres hijos de mi corazón! exclamó el marino, y dos lágrimas se deslizaron por su

tostada mejilla, lágrimas que al punto se secaron. Amarraron los verdugos á Capmany, lo llevaron al patio del cuartel y lo asesinaron..... ¡¡Una víctima, una viuda y seis huérfanos!!

Todos creían que Terán estaría ya saciado, que no continuarían los asesinatos..... ¡¡Error!! La hiena llamó á Don Antonio Ituarte, joven de 28 á 30 años, bien parecido, fino en sus modales, caballero en todos sus actos—¿Es Ud. D. Antonio Ituarte?—Bien me conoce Ud., respondió la víctima—Ya le he dicho á Ud. que se ausentara de la población, y que á la tercera vez que lo llamara lo fusilaría.—Es cierto.—Pues voy á fusilarlo en el acto.—Está bien.—Fusilen á ese hombre. Los verdugos amarrarron á la víctima: marchó Ituarte al suplicio; pero antes se volvió hácia Terán y le dijo: ¡¡ASESINO!!..... Esta palabra debe resonar siempre en los oídos del verdugo.....

Llegó su vez á Cueto.—Es Ud. D. Francisco Cueto?—Lo sabe Ud. tambien como yo.—Fusílenlo, prorrumpió Terán.—Creo, dijo Cueto, que si soy culpable de algún delito, se me debe juzgar antes. ¿De qué se me acusa?—Está Ud. conspirando.—En ese caso que se me consigne á mi juez, que debe ser el de Distrito.—Aquí no hay más juez que yo ni más ley que lo que mando. Fusílenlo.—Y Cueto marchó al suplicio silencioso y resignado, muriendo como los que le habían precedido. Otra víctima, otra viuda y dos huérfanos más.

La esposa de Cueto estaba embarazada.

Llegó su vez á D. Jaime Rodríguez; la esce-

na fué la misma; Rodríguez dijo á Terán: Me fusila Ud. teniendo la conciencia de que soy inocente, y solo por el placer de matarme. Piense Ud. que hay una Providencia, y que el que á hierro mata, á hierro muere. No tardará Ud. en seguirme. Rodríguez murió como los héroes.

Otra viuda y cuatro huérfanos más.....

Apenas oyó Terán la descarga, se volvió hácia el Dr. Albert, y encarándose con un Dr. Barbachano, le dijo: Ese señor es Albert?—Ese es Albert, contestó el fariseo. Sepan Uds. que Barbachano y Albert se han criado juntos. Pocos segundos después, una descarga de fusilería anunciaba á Terán que estaba cumplida su orden, y quedaba en la miseria otra viuda y en la orfandad seis niños más.

Llegó su vez á D. Luis Alva.—¿Me va Ud. á fusilar tambien? preguntó á Terán, con quien llevaba amistad.—Y en el acto lo voy á hacer.—¿Pero está Ud. loco? ¿No cree Ud. que ha corrido demasiada sangre? ¿Qué culpa tengo yo? ¿Cuál es mi delito?—Silencio! vociferó Terán. Ud. conspira y es preciso que muera.—Supongo que tendrá Ud. las pruebas de lo que dice.—No necesito más pruebas que mi conciencia.—Entonces no tiene Ud. prueba alguna, por que no tiene conciencia.---Al oir esto Terán le dió un empellón.---Fusilen á ese hombre.---Ya que voy á morir, suplico que me dejen escribir una carta á mi esposa, con mis últimas disposiciones; tengo todos mis intereses en la calle y necesito poner á mi familia al abrigo de la miseria.---Nada se le concede; es Ud.

un Lerdista y á éstos nada se les otorga.---Acuérdese Ud., señor, que los Lerdistas le han perdonado la vida, cuando lo han aprehendido con las armas en la mano..... ---Póngase una mordaza á ese hombre y fusílenlo.....

En este momento llegó al cuartel el Sr. Juez de Distrito, Lic. Rafael Zayas Enríquez, á quien fueron á despertar algunos vecinos, rogándole que tratara de poner término á semejantes asesinatos.

Según sabemos, el Sr. Zayas impidió que siguiera la matanza, pues parece que Suárez y Galinié debían seguir á los anteriores.....

Amaneció el día 25..... Un rumor sordo circulaba en la población..... Varias señoras acompañadas de parvadas de niñitos andaban por las calle,sdeteniendo á los transeuntes y preguntándoles por sus deudos.---¿Qué sabe Ud. de Lorenzo? preguntaba la esposa de Portilla, medio loca, á todo el que hallaba á su paso, sin que nadie se atreviera á darle la triste nueva. La esposa de Cueto perdió el juicio, y se teme por su vida; la madre de la víctima se halla en Orizaba, en agonía. ¡Pobre anciana, que á los sesenta años de edad recibe tan terrible herida! Una hija de Jaime Rodríguez ha sufrido convulsiones y se cree que quedará enferma para toda su vida. La población estaba de duelo: Terán no se atrevía á salir del cuartel. La población entera se hallaba en las calles adyacentes del cuartel, y fué preciso traer un destacamento de policía, armado con rifles, para detener á la muchedumbre. Se pre-

sentaron varias personas á pedir los cadáveres de los asesinados. Se nos dice que el Lic. Zayas, en nombre de la masonería, pidió el de Cueto y el de Capmany, ambos hermanos; pero la fiera sanguinaria, no contenta con haberles arrancado la vida, se quería cebar en los muertos, y negó los cadáveres, que fueron enterrados en la fosa común, en un lugar ignorado, conducidos en un carretón, acompañados de la policía.

La infamia cometida en Veracruz no tiene ejemplo en nuestra vida política. Es un delito del orden común, con todas las circunstancias agravantes de alevosía, premeditación y ventaja.

Terán no puede compararse con Márquez siquiera. Es Troppmann, es algo más todavía, por que el célebre bandido francés no contaba con la impunidad, ni tenía por jueces á sus cómplices, ni por tribunal al gobierno de Díaz.

Aquí se trata de encubrir el delito. Se fraguan telegramas, para disimular hipócritamente el atentado cometido. El culpable encuentra protección y abrigo contra el juicio de todo un pueblo que lo condena con irrevocable fallo. La prensa subvencionada, á pesar de su impudor reglamentario, apenas se atreve á barnizar un poco la responsabilidad directa y terrible que recae sobre el gobierno general, prestándose como un receptador vulgar, á servir de testigo falso para apoyar las declaraciones del delincuente.

El pánico y la consternación reinan en Veracruz; la alarma cunde por toda la República, y enfrente del pueblo aterrorizado por los actos

salvajes de los tiranos, el gobierno calla; más aún, el gobierno se presta á infames transacciones con el autor del crímen.

Es horrible lo que está pasando en estos momentos en Veracruz.

Uno de los Estados más distinguidos por su ilustración, ha sido el teatro de un verdadero escándalo de barbarie.

Nueve jóvenes asesinados oficialmente en el fondo de un cuartel, en las altas horas de la noche, sin que se les forme causa, arrancados de su hogar, sin que se les permita dejar una palabra de despedida para sus familias, negar á estas los cadáveres y arrojarlos en una fosa común, ¿qué más, qué más puede soñarse como límite de los más feroces excesos?

Creíamos que la sed de venganza y el vértigo del miedo habían concedido una tregua al verdugo, después de la hecatombe de Palmillas y de los asesinatos de Reza, Quevedo, Chávez, los hermanos Ríos, Rousseau, Vargas, Amador, Barreda, Díaz, Valadés y tantas y tantas víctimas cuya sombra flota unida á la bandera que se tremola hoy en el Palacio Nacional.

Veracruz recibe como premio de sus antiguas simpatías y de su adhesión tradicional, el bautismo de sangre.

Esta es la ley histórica de todas las tiranías.

Los huéspedes del gobierno anterior, en la prisión de Santiago, aprehendidos con las armas en la mano, salieron de su cárcel para cambiar la espada que entregaron vencida, por el cuchillo

carnicero que se esgrime en las altas horas de la noche.

De hoy más, Veracruz no es sólo la ciudad heróica; es la Heróica Veracruz de los Mártires.

Los cadalsos de Tacubaya no cortaron la vida del partido liberal; los diez cádaveres de Veracruz no arrastrarán á su fosa la Constitucion y la Ley.

Donde cayeron Mateos, Jáuregui y Covarrubias, la patria ha levantado un monumento.

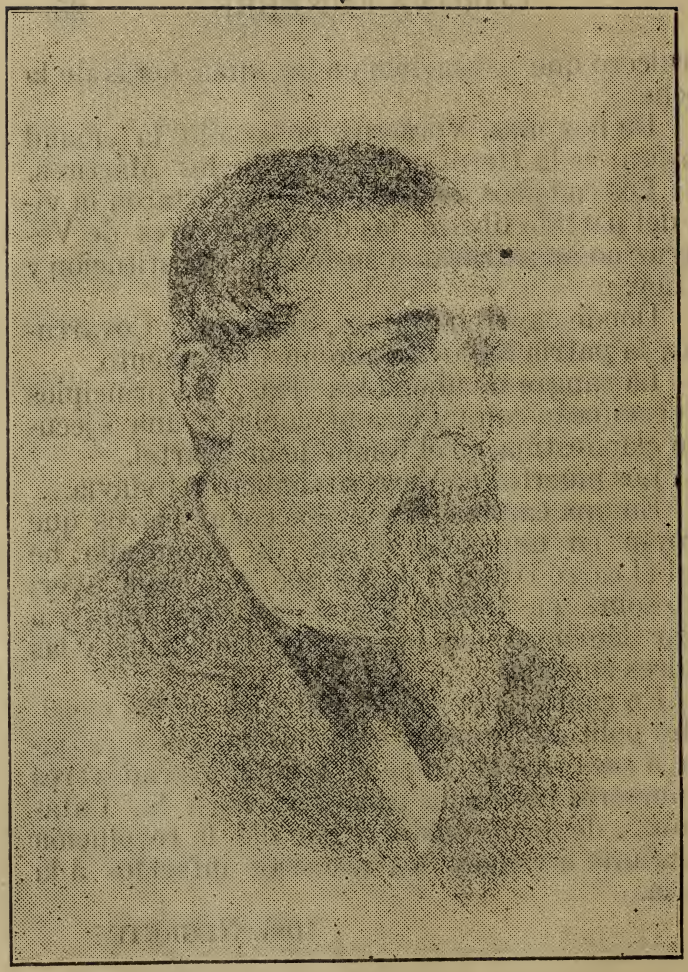
La sangre no ahoga las ideas, los principios no se sofocan con un lazo al cuello y una ejecución clandestina, en el fondo de un cuartel.

Los muertos de Veracruz hablarán todavía....

En una carreta, hacinados como perros que arrojan en una fosa detrás de la muralla: he aquí el carro triunfal de los que murieron ayer; pero sobre su tumba irán á depositar flores y á regar lágrimas los huérfanos, las viudas y las madres sin hijos.....

En cuanto á nosotros, nutridos en las vicisitudes políticas, iremos, como los antiguos cristianos, á sacar del Circo de la Tiranía los cadáveres de nuestros hermanos para llevarlos á las Catacumbas, de donde saldrá algún día la revolución triunfante á vengar los agravios inferidos á la patria.

JOSÉ NEGRETE.



Vicente Capmany

VICENTE CAPMANY

Nació en Campeche.

Desde muy jóven se dedicó á la marina de guerra.

La lucha con los elementos levanta el carácter. Hay algo en la naturaleza humana que se ensancha y se extiende: es el horizoute de la vida, alejándose siempre como el horizonte del mar.

Allí, donde la vista confunde las olas y las nubes, es decir, la espuma del agua y la espuma del cielo, la atmósfera parece más pura, el corazón late tranquilo y el alma se siente más noble y generosa.

Capmany era un hombre de bien.

Pertenecía á esa raza de abnegados que comprenden el sacrifiicio y saben cumplirlo hasta el fin. Tenía un programa: su deber; tenía un juez: su conciencia.

Liberal por principios, patriota por convicción y valeroso por temperamento, prestó eminentes servicios á su país.

En tiempo del imperio, él fué quien organizó la expedición de Tabasco. Asaltó el bergantín goleta *La Industria,* acompañado sólo de unos cuantos amigos; con tres ó cuatro embarcaciones abordó *La Capitana*; en Champotón armó varias canoas; ocupó la laguna y todas las prin-

cipales aduanas, y debido á su extraordinaria energía y su actividad incansable, decidió definitivamente la caída de la plaza fuerte de Campeche.

Habiendo asaltado las posiciones del Cármen, perdonó, en los momentos mismos del combate, la vida del prefecto imperial, á pesar de las terminantes instrucciones que había recibido sobre el particular.

Era el león que peleaba con fiereza, y no el tigre carnicero que se sacia en sus víctimas.

En premio de sus hazañas, el Sr. Juárez lo nombró capitán de fragata; pero él quiso separarse de la política, renunciando la capitanía del puerto de Campecbe, que desempeñaba con inteligencia y honradez.

Compró un buque mercante, y navegándolo como capitán, se dedicó al comercio.

Su firma era respetada, y en la plaza de Veracruz tenía crédito amplísimo, pues todos sabían que era esclavo de los compromisos contraídos.

La conocida casa de Ferrer compró su buque, con la condición de que el mismo Capmany siguiera dirigiéndolo.

Desde entonces Capmany, vigilante celoso de los intereses que se le habían confiiado, se abstuvo de todo participio en la política.

Acusado una vez de conspirador por Terán, salió absuelto!

La hiena dejó escapar su presa una primera vez.

En la noche del 24 de Junio dormía tranquilamente en su buque, cuando fueron á arrancarlo de allí los esbirros del Gobernador de Veracruz.

Sin formación de causa, sin juicio prévio, sin permitírsele siquiera escribir dos palabras de despedida á su esposa y á sus seis pequeños hijos, ha sido pasado por las armas.

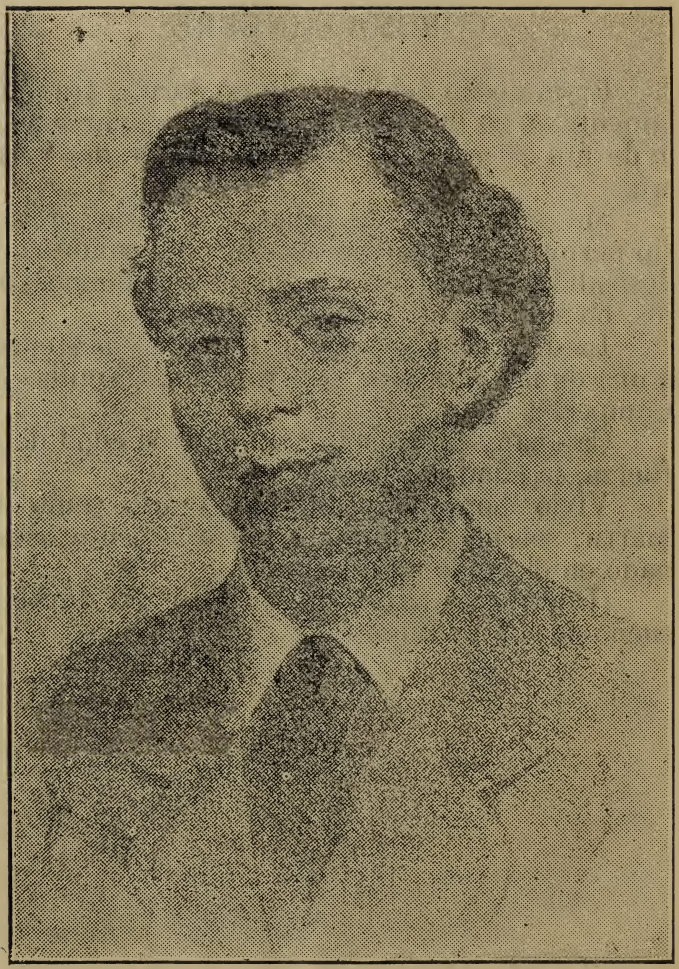
La digna compañera de Capmany pertenece á una de las más ricas y distinguidas familias de Campeche.

Capmany tenía cuarenta años: la edad de la fuerza, la edad del hombre.

Vivió honrado y querido: murió como un mártir, sereno y tranquilo, cobardemente asesinado en el fondo de un cuartel.

¡Duerma en paz, y que su memoria turbe el sueño de sus verdugos!

JOSÉ NEGRETE.



Ramón Albert Hernández

EL Dr. RAMON ALBERT HERNANDEZ

Cuando una muerte súbita nos arrebata á un hijo ó á un padre, nos sentimos con fuerzas para preguntar á Dios, con qué derecho nos separa de aquel sér querido. Cuando no los designios de la Providencia, sino el brazo de un tirano, nos separa de un hermano, la primera palabra que sale de nuestros labios es una maldición.

Es en vano querernos reprimir. Hay algo superior á nuestra voluntad, algo invencible que provoca nuestro encono y confunde nuestro dolor con nuestra desesperación.

Pero pasan las horas, vienen los días, y el león que ha rugido respirando venganza, cede al dolor que le causara la herida que lleva en el corazón.

Pasan los días tambien para nosotros, y aunque no se debilita nuestra sed de justicia, el dolor agobia nuestra alma y buscamos en vano algo que nos consuele.

Ramón Albert Hernández, joya preciosa de una juventud robusta y noble, alma nacida para el bien, inteligencia privilegiada, voluntad inquebrantable, carácter altivo, conjunto, en fin, de muy levantadas cualidades y de relevantes virtudes, Ramón Albert ha descendido á un sepulcro en que la tierra tendrá cuidado de no confundirse con el polvo del mártir.

La tierra procurará separar lo que el verdugo quiso confundir, buscando el olvido de un crímen en el desaparecimiento del sér sacrificado.

Ramón Albert Hernández, nacido en las agrestes márgenes del río Palizada, Distrito del Carmen (Campeche,) buscó en Mérida la educación que reclamaba su espíritu; las cátedras de la Escuela de Medicina de México fecundaron su preclaro entendimiento, y de allí, en aquellos días, cuando el águila imperial se cernía sobre nuestra infortunada República, Albert fué á tomar un lugar al lado de los valientes que el denodado general Cepeda Peraza llevó á la victoria en la Península, contra las huestes de Maximiliano.

Después, aquel joven que había cumplido con sus santos deberes para con la patria, entregóse al lugar, en donde una joven y amante esposa rodeada de siete inocentes niños endulzaba las amarguras de aquella alma noble y generosa.

Pero Albert, á quien los deberes para con la patria le habían distraido de la profesión que abrazó, se había retirado de los empleos, los más honoríficos, pobre y sin más porvenir que esa misma profesión. El, como muchos, creyó hasta su muerte que un buen patriota no debía mezclarse en las cosas públicas, ya que se había subvertido el orden constitucional, á cuya conservación había dedicado sus esfuerzos en la escala en que se hallaba colocado.

Más tarde resolvió abandonar á Mérida, lugar de su residencia, viniendo en busca de otra

que le prestáse más garantías para conseguir lo necesario para sus felices hijos.

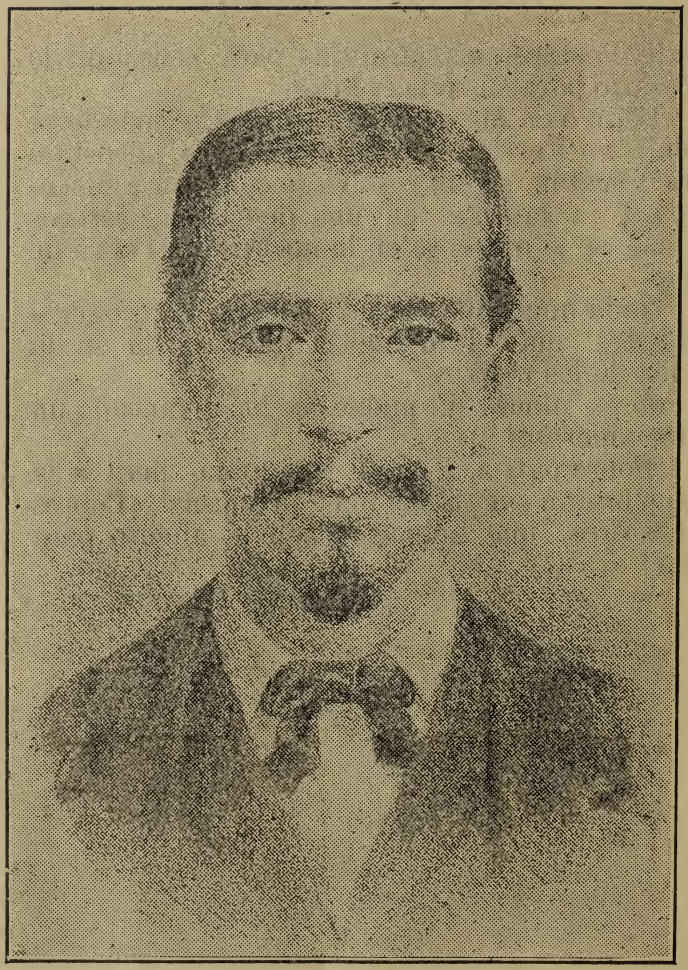
Estuvo en México algunos días, y cuando se hallaba en Veracruz de tránsito para la costa ó para Yucatán, según resolviese convenir á sus intereses, la muerte, en una de sus más feroces formas, se le presentó en la noche del 24 al 25 de Junio.

Nada auguraba al Dr. Albert, al recogerse el martes, que el miércoles descansaría en la tumba de los mártires.

¡Pobres niños, á quienes se ha arrancado un padre amoroso!

¡Pobre patria, á quien con mano fiera se le desquebrajan sus ramas más preciosas! ¡Pobres de nosotros, que apenas tenemos aliento para llorar!

MANUEL PENICHE.



Luis G. Alva

D. LUIS G. ALVA

Hé aquí un nombre, pero un nombre de esos que recogerá la historia para honra de la víctima y baldón y oprobio de sus enemigos.

¡Don Luis G. Alva! ¿Quién fué ese hombre? ¿qué hizo por su patria? ¿cuáles son sus méritos, sus servicios? ¿cuál es su biografia?

Podemos hacerla en unas cuantas líneas. Alva fué liberal, fué patriota, fué hombre de convicciones y de corazón, fué un buen ciudadano. Alva adoraba en la Constitución los principios que ella entraña, veía en el imperio de ésta la salvación de la República.

La poética ciudad de las flores,—Jalapa—fué la cuna de ese hombre. Estudió en el colegio de ese oasis del país, y de allí salió para combatir á la reacción, no por odio á los hombres del pasado, no por cálculo, no para especular, sino porque su conciencia le decía que era preciso sacrificarse con el fin de alcanzar el triunfo de la libertad y de la Constitución.

Luchó y vió coronados sus esfuerzos: sus esperanzas se realizaron: la causa del pueblo obtuvo el triunfo más espléndido.

Una época de prueba esperaba todavía á la República; la intervención y el imperio vinieron á sembrar el llanto, y Alva acude á defender á su Patria y se cubre de gloria en Puebla en 1863,

combatiendo á los enemigos de su patria.

En uno de aquellos días en que la lucha era más sangrienta y la fortuna sonreía á los invasores, se encomendó al valor y patriotismo de Alva una empresa atrevida. Habían abierto una brecha los franceses, y el digno veracruzano, tomando el primero un saco á tierra y seguido de un puñado de valientes, logra contener los avances de los que se llaman los primeros soldados del mundo.

Y no era este hecho el único que debía demostrar el heroísmo del hombre cuya biografía hacemos. El 2 de Abril de 1867, estando Alva á las órdenes del Sr. General Alatorre, va con treinta hombres á desalojar á más de doscientos que ocupaban la manzana del Hospicio de Puebla y obtiene el triunfo más completo.

Después, Alva, sirvió en un empleo humilde á los gobiernos legítimos de los Sres. Juárez y Lerdo. No perteneciendo á esa falange de tránsfugas que no se avergüenzan hoy de ser amigos de los que ayer fueron sus adversarios, Alva se retiró á la vida privada, apenas obtuvo un triunfo casual la odiada *regeneración*. No creyó deber desmentir sus honrosos antecedentes, no creyó deber ensuciarse en el fango de los tumultos de donde salieron los mandarines actuales, y permaneció en la condición privada, lamentando los abusos, las arbitrariedades, la tiranía de los que asaltaron el poder público.

Y de ese asilo sagrado, donde solo se gozan los inefables encantos de la familia, donde el alma

se extasía en medio de las dulzuras de la esposa y los hijos, del seno de la tranquilidad y de la ventura, respetado en todos los países y por todos los gobiernos, es arrebatado el Sr. D. Luis G. Alva para ser vilmente asesinado en un cuartel de la federación, sin formación de causa, atropellando las fórmulas de la ley y la ley misma, insultado por sus verdugos.....!

¡Una víctima más sacrificada por los usurpadores, un hombre útil arrancado á la familia y la sociedad, y un hombre honrado, un liberal sincero, un patriota.....!

Alva murió dejando en la orfandad á una esposa y á seis pequeños hijos, cuya sola presencia debe engendrar terribles remordimientos en los asesinos, si es que el sentimiento de humanidad no los ha abandonado á éstos. Una esposa y seis hijos sin apoyo, sin guía, sin un padre que los dirija por las escabrosas sendas de la vida.....

¡Desgraciada víctima! ¡Desgraciada familia! ¡Qué Dios haya premiado al mártir, que la Providencia protega á los huérfanos! ¡Que la historia consigne con caractéres indelebles ese asesinato infame, para eterna afrenta de los verdugos, para eterno baldón de un gobierno bajo cuyo imperio se han cometido tan espantosos crímenes!!

AGUSTIN R. GONZALEZ.

JAIME RODRIGUEZ

Escribimos los rasgos biográficos de un muerto.

La tumba es inviolable como la libertad, y no se la debe tocar sino con la antorcha de la justicia.

El mundo de los que son y el mundo de los que fueron, están separados por el infinito.

El aliento de los vivos se confunde con el éter, y el éter guarda el sueño de los muertos.

En cada rayo de luz flota un átomo de los sepulcros, y en cada sepulcro palpita un átomo de vida.

Lloramos á los que mueren, porque desaparece en ellos toda personalidad, más aún si son mártires de una idea ó víctimas de una crueldad.

Existe en los predestinados una vaga intuición de lo porvenir, la vista de un lejano peligro que toma forma en las luchas tempestuosas de la vida. Quizá por esto esos hombres se lanzan denodados do quiera que vean lo titánico y desconocido.

Jaime Rodríguez era uno de esos séres.

En 1824 recibió el primer beso de la vida en la península de Yucatán, Estado fecundo en dar ilustres y valerosos hijos á la patria.

Muy niño aún, lo dedicó su familia á la vida tormentosa de la marina, á esa vida peligrosa,

terrible, en pavorosa lucha con los elementos destructores, que parecen hacinados por la mano de Dios para reflejar en sus ondas el espíritu de las tinieblas.

El aire del mar vigoriza el cuerpo, ensancha el alma y comunica á los marinos un ígneo efluvio en su ardorosa imaginación, haciendo de ésta manantial perenne de generosos sentimientos.

El contacto íntimo con las grandes ciudades prostituye el espíritu y pervierte el corazón, y la vida solitaria y bravía, lo ennoblece.

A los veintitres años, Rodríguez había alcanzado un puesto distinguido en la marina mexicana, debido á su honrada y digna conducta; pero una enfermedad peligrosa que le sobrevino, le obligó á retirarse á Alvarado, donde residía, cuando en 1847 la escuadra de los americanos arribó á las aguas de Veracruz.

Morir por la patria es el bello ideal de los héroes, pues no parece sino que ven en su imaginación el cielo relampagueante de la guerra. Rodríguez no permaneció indiferente al llamamiento de la patria, alistándose para combatir á los invasores, bajo las órdenes del General Tomás Marín.

En una acción de guerra contra los yankees fué peligrosamente herido, escapando de la muerte por los esfuerzos y la cariñosa atención del facultativo que lo visitaba.

Desde entonces luchó siempre contra los enemigos de la República, filiándose en el partido

liberal y combatiendo á todos los opresores de México.

Pero en donde más se distinguió Rodríguez fué en la guerra de Reforma, desplegando actividad tal, que mereció los calurosos aplausos de sus amigos y correligionarios, especialmente los del general José G. Partearroyo, quien le confió delicadísimas comisiones que supo llenar cumplidamente, exponiéndose con frecuencia á la saña de los traidores.

¿Cuántas veces recostado en el puente de su embarcación, contemplaría silencioso la sonrisa de la noche que amorosa besaba las espumosas ondas?

¡Ah! ¡Tal vez cuando las enchidas olas azotaban con furor el buque en sombría y borrascosa noche, elevaría una dolorosa plegaria al Omnipotente para que velase por su esposa y por sus adorados hijos.

¡Duerme en paz, ilustre mártir, y que un recuerdo sangriento rasgue como una hoja cortante la tenebrosa conciencia de tu asesino!

¡Dios y la patria velarán por los hijos queridos que dejas en la orfandad!.....

ADOLFO CARRILLO.

Antonio Ituarte

ANTONIO ITUARTE

Breve, pero brillante, fué la carrera de este joven.

Jalapa, que ha sido cuna de varones ilustres, se honrará siempre con la memoria de las nobles cualidades de este hijo suyo infortunado.

La niñéz de Antonio se arrulló tranquila en el florido seno de su ciudad natal. Instruido en los ramos del saber que deben ilustrar el entendimiento del hombre en sus primeros años, y dotado su corazón con el sentimiento del honor y la ambición de gloria, se trasladó á la capital de Veracruz para recibir la enseñanza superior.

De la escuela salió para dedicarse al comercio, en un empleo subalterno, que sirvió con la honradez, actividad é inteligencia requeridas por la carrera que emprendía; mas ella no contestaba las aspiraciones de su alma impresionable y grande; por eso en 1871 se decidió por la profesión de las armas, y fué nombrado subteniente del 10° batallón de infantería de línea.

Llevaba en su pecho el fuego del patriotismo, en su conciencia la dignidad del ciudadano de un país libre, y en su entusiasmo el anhelo de identificarse con el ejército de la República, que aun conservaba frescos los laureles ganados en la guerra que sostuvo con los enemigos de las instituciones democráticas y de la independencia

nacional. Asegurada la autonomía de México por la expulsión de los soldados franceses, y afianzadas las libertades públicas en la Constitución de 1857, gloriosamente restablecida sobre las ruinas del pasado, el joven Ituarte empuñaba la espada para hacer guardar la ley y respetar la autoridad del pueblo.

Pronto se le ofreció la ocasión de cumplir este deber, porque desgraciadamente, el general Porfirio Díaz, olvidando los suyos de militar y ciudadano, levantó en la Noria el estandarte de la rebelión contra el gobierno, que según la ley y la voluntad nacional presidía el reformador de nuestras instituciones, gran padre de la patria y Benemérito del Continente Americano.

El comportamiento de Antonio en las acciones de armas en que tomó parte, le valió el respeto de sus compañeros y la recomendación de sus superiores.

Distinguióse especialmente en las batallas de Zacatecas, Puerto del Carnero y Topo Chico. En las primeras, la victoria le dió á probar los halagos con que la fortuna sabe premiar el valor esforzado y el talento del guerrero; la derrota, en la última, proporcionó la medida de su serenidad y pundonor.

Los contrarios le hallaron firme en su puesto, donde prefirió afrontar la muerte á dar un paso atrás para salvarse.

Hecho prisionero y conducido á Monterrey, los vencedores lo pusieron en la cárcel. Así tal vez querían envilecer al oficial cuya superioridad

no podían menos de sentir. ¡Vano intento! El valor de la virtud no está en la estimación que de ella hacen los malvados.

A los cuatro meses de tan indigno tratamiento, la entrada triunfal del general Rocha á la capital de Nuevo León, abriendo á Ituarte las puertas de la cárcel, le permitió volver á la defensa de la ley y de la autoridad, desconocidas por el bando porfirista. Entonces fué destinado al Estado Mayor del general Fuero, á quien sirvió como ayudante de campo, hasta el fin de su carrera militar.

Bajo las inmediatas órdenes de tan ilustre jefe, hizo la campaña del Norte y concurrió á la batalla de Icamole. En aquel campo vió la espalda al vanidoso caudillo de la rebelión, nuevamente nacida en Tuxtepec y amamantada en Palo Blanco.

Al fin, la fortuna caprichosa concedió en Tecoac sus favores vergonzosos al fugitivo de Icamole. Nuestro joven oficial no quiso ser infiel á sus deberes y sacrificó sus inclinaciones marciales al culto del honor que había conservado sin mancilla. Desceñida la espada, volvió en Veracruz á la modesta ocupación de dependiente de una casa de comercio.

D. Luis Mier y Terán, general del ejército revolucionario, había obtenido el gobierno de Veracruz en premio de su rebelión. Invitó á Ituarte á servir en las fuerzas que sostienen la usurpación del poder público, ofreciéndole el ascenso inmediato de su antiguo empleo. Ituarte

rehusó cortés pero con dignidad. Irritó con esto al seductor burlado, quien desde entonces lo hizo objeto de su ódio, seguramente porque, cómplice de Dn. Porfirio Díaz en la infidelidad, no podía comprender el elevado móvil de una conducta para éllos tan extraña.

Luego el gobernador de Veracruz concibió la sospecha, ó acogió la vil sospecha de que Antonio conspiraba contra el gobierno impuesto al país por las bayonetas rebeldes, y sin más antecedentes que éste, ni otro motivo que la noticia de la sublevación del "Libertad" en aguas de Alvarado, se apoderó de Ituarte y de otros ocho ciudadanos inermes, la noche del 24 de Junio último.

Por orden de Terán fueron los presos llevados al cuartel del batallón núm. 23, perteneciente á las fuerzas federales y comandado por el coronel Cuesta, cuñado de aquel, y antes que se disiparan las sombras de la noche, fueron los nueve pasados por las armas.

Sin una prueba legal de que Ituarte fuera delincuente, sin preceder la inquisición del delito, negada la defensa á que tiene derecho el mayor de los criminales, violada la Constitución que abolió la pena de muerte para los delitos políticos, Ituarte, como sus compañeros, fué asesinado cobardemente en medio de las tinieblas.

Terán dispuso la matanza y la presenció con diabólica complacencia.

Enmudezca aquí la indignación que causa este hecho propio de salvajes, y contemplemos

en medio de aquella sangrienta noche la hermosa figura del jóven á cuya memoria están consagradas estas líneas.

Antonio Ituarte, como ciudadano fué modesto, observante de la ley y sumiso á la autoridad legítimamente constituida.

Como soldado, valiente, caballero y fiel á su bandera.

La patria le recordará siempre entre sus hijos buenos.

Su memoria será día y noche el torcedor de la conciencia de sus asesinos.

La reprobación del crímen y la execración de sus autores, expresadas por todos los medios en que se da á conocer la opinión pública del país, libran á la patria de Ituarte, ante la civilización escandalizada, al menos del cargo de complicidad con los carniceros que tienen asestado el puñal infame en la garganta de sus hijos.

MANUEL AZPIROZ.

LORENZO PORTILLA

Sin odio ni rencor, impulsados solo por un noble y tierno sentimiento, venimos á colocar nuestra cariñosa ofrenda en la tumba de las víctimas del 25 de Junio, fecha terrible, escrita con caractéres de sangre en las páginas de nuestra historia.

No vamos á escribir la biografía de un guerrero ilustre, de un hombre de Estado ni de un poeta eminente. Nada de eso.

Vamos á hacer una relación sencilla, para que nuestros lectores sepan quién es el modesto ciudadano sacrificado villanamente por las iras del general Luis Mier y Terán.

Pocas líneas bastarán á nuestro objeto.

Lorenzo Portilla nació en Veracruz.

Desde muy joven y despues de haber recibido su primera educación, sus honrados padres lo dedicaron al comercio.

Dotado de un carácter tranquilo, de una conciencia honrada y de un sano criterio, pronto ocupó un lugar distinguido en la sociedad veracruzana.

Era un tipo simpático; modesto, franco, leal y laborioso, se hacía querer de todos los que lo trataban, era el ídolo de sus amigos y la esperanza de sus padres.

Pronto encontró una virtuosa mujer que unió

su vida á la suya. Dios bendijo aquella unión; el ángel de la felicidad extendió sus blancas alas sobre aquel santo hogar, y seis tiernos niños trajeron la ventura al corazón de los esposos.

¡Pobres criaturas! Muy pronto la mano homicida de un hombre sin corazón iba á dejarlos en la orfandad, el abandono y la miseria!

En ese hogar, donde antes no se oían más que las risas juguetonas de esos niños, sólo se escuchan los ayes lastimeros de una madre y los gritos desgarradores de la inocencia!

No tenemos que consignar ninguna acción heróica de Portilla, ningún hecho de armas. No, jamás se había mezclado en las revueltas políticas, sus manos no estaban manchadas con la sangre de sus hermanos.

Su vida estuvo consagrada al trabajo y á los tranquilos goces de la familia, siempre estaba dispuesto á socorrer al desgraciado, y las puertas de su casa se habrían de par en par para aliviar alguna desdicha.

Era liberal y patriota, sin hacer ostentación de estas virtudes.

En la época del imperio fué encarcelado y enviado al destierro, porque manifestaba libremente sus opiniones. Es el único hecho de su vida que tuvo algún roce con la política, y por cierto que ese hecho le honra altamente.

Al triunfo de la República jamás exigió recompensa alguna por sus sufrimientos.

Había cumplido con un deber, y honrado y altivo, creyó que nada había hecho que mereciese

recompensa.

Jamás ocupó ningún empleo en el gobierno, y últimamente había establecido en la plaza de Veracruz una casa de comisiones.

En la noche del 24 al 25 de Junio, Lorenzo Portilla fué arrancado del seno de su familia y llevado al cuartel del batallón núm. 23, de la Federación. Allí se presentó Terán, y ardiendo en ira ordenó fuera pasado por las armas.

Portilla protestó que era inocente y que se iba á cometer con él una grande injusticia y un asesinato. Terán estaba frenético, nada le convenció, quería á todo trance derramar sangre, y repitió por segunda vez aquella bárbara orden.

La víctima pasó sus manos entre sus cabellos bañados por un sudor frío. La imágen de su esposa y de sus hijos, sin duda cruzaba en ese momento por su cerebro. Trató de serenarse y pidió como única gracia se le permitiera dar el último adios á aquellos séres tan queridos, á aquellos pedazos de su alma, y dictar sus últimas disposiciones.

Terán nada concedió. Había empezado la matanza y era preciso concluir. Tenía sed de sangre.

Haciendo un supremo esfuerzo, Portilla cerró sus ojos, que no deberían volverse á abrir, y esperó tranquilo la muerte.

Sus lábios se movieron convulsivamente. Sin duda hablaba con Dios y le pedía por su esposa y sus hijos abandonados! Tal vez tuvo en aquellos últimos momentos palabras de perdón para sus

asesinos!

Se escuchó una detonación, un cuerpo exánime rodó por el suelo, y una mancha de sangre se extendió por el pavimento.

¡Lorenzo Portilla había dejado de existir!

Cuando llegue para Terán la hora del arrepentimiento, cuando oiga el grito de su conciencia, levantará al cielo su siniestra mirada demandando perdón, y verá cubrirse las nubes de una inmensa mancha roja que le recordará el charco de sangre donde se debatía el cuerpo de Portilla con las últimas convulsiones. Cerrará los ojos horrorizado y se tapará los oídos, pues creerá oir los gritos de angustia de las viudas y de los huérfanos.

Portilla era inocente, y se le ha asesinado de una manera fría, cobarde y alevosa.

¡Pobre esposa abandonada; desgraciados niños, que no os queda más porvenir que la orfandad y la miseria!

Confiad en Dios. El os protegerá, y estad seguros que la sangre del mártir tiene que caer tarde ó temprano sobre la cabeza de sus asesinos! Esperad! Esperad!

JOSE V. VILLADA.

Francisco Cueto

FRANCISCO CUETO

Era joven, era altivo, tenía inteligencia y corazón, y por eso debía morir prematuramente.

Como en todo espíritu apasionado, como en toda imaginación fogosa, en la de Cueto se había arraigado una idea: la lealtad por la causa constitucionalista.

¿Por qué pensaba en política? me dirán algunos. ¿Por qué no tomó otro sendero que le apartara de la muerte, de una muerte trágica?

Sería necesario llenar un libro para contestar debidamente esas preguntas, pero nos concretaremos.

Pensaba en política, porque en las modernas sociedades es la única vía, dolorosa, pero segura, que lleva el espíritu á los anchos horizontes de la luz.

Buscaba la justicia, buscaba la razón, quería la legalidad, quería el mejoramiento de su país, naciendo de la ley, no del despótico sable usurpador.

Si la política es una necesidad de la época, en México es una doble necesidad, es la ocupación única.

Entre tantos que pretenden hacer feliz á este país de tan diversos modos, hay muchos que lo desean de buena fé: este era Cueto.

Levantaba muy alto la voz para manifestar sus sentimientos, para proclamar su antipatía

por la actual administración: hé aquí su delito, hé aquí su gran crímen.

Llegó una noche de vértigo para el gobernador Terán, noche en que soñó con sangre y despertó manchado el rostro y perdida la conciencia.

Francisco Cueto fué designado por el verdugo para morir.

Cueto no vaciló ni temió á la muerte. La miró cara á cara,sonriendo, como quien va á desposarse con esa benéfica amiga, que acalla dolores y nos libra de mirar injusticias y negros crímenes.

"Aquí, le dijeron, y *allí*, tranquilo, sereno y magestuoso presentó su pecho al plomo, despreciando á su asesino, que estaba maravillado de tanta audacia y de tanto valor.

Porque un cadáver más se unda en la madre tierra, no desaparece una idea. La idea flota en la niebla, en los átomos impalpables del sol. La idea es calor, vida, luz, reverberación.

Desafiamos á los asesinos á que maten la idea.

¿Pueden acaso, borrar hoy la idea de repulsión y horror que se ha apoderado de la sociedad hácia ellos, hácia Terán, hácia Porfirio Díaz y su negro crímen? Por eso Cueto murió con valor, seguro de que los que le sobrevivieran le vengarían, seguro de que la historia escribiría su nombre entre los héroes de un nuevo martirologio.

Un relámpago producido por la fusilería, una detonación que repercute el eco, un hombre

que se cierne con las últimas convulsiones de la agonía, y todo acabó.....Sangre, lodo, y después un cadáver rígido, acusando con su mutismo al asesino y á su cómplice, pero la idea robusteciéndose al calor de la necatombe.

Luego una fecha memorable y una tumba. Los hombres al pasar lanzamos una tierna mirada diciendo:—"Adios, hermano; adios, amigo; ya serás vengado."

Pero ahí cerca se escucha el llanto de una mujer, prosternada en la tumba.

¡La familia!

Esto es desgarrador. Este es el detalle punzante. .....

Tengamos fé en la justicia del pueblo.

VICENTE MORALES

EL TENIENTE CARO y GARCIA
Y EL SUB-TENIENTE RUVALCABA

Para que ninguna clase social tuviese la fortuna de no contar algunos de sus miembros entre las víctimas sacrificadas la noche del 24 de Junio, dos valientes y dignos oficiales del ejército fueron tambien asesinados por orden de Don Luis Mier y Terán.

Los nobles pechos de aquellos que hubieran sabido morir por la patria, han sido condecorados con las balas homicidas del verdugo.

Era la cruz de la legión de honor!

No podemos escribir la biografía de los mártires cuyas sienes estaban ceñidas con la aureola de los campos de batalla.

Los soldados de la libertad no están á las órdenes de la tiranía y de la infamia.

No debemos, sin embargo, ver desfilar en silencio lúgubre, el cortejo de las víctimas inocentes.

Nos apresuramos á tributar á su memoria el respetuoso homenaje de nuestro sentimiento.

La muerte, madre de la triste vida,
Dicen que os saludaba en sus dinteles,
Ciñendo vuestras frentes, conmovida,
Con su cariño en forma de laureles!

***

A LOS MARTIRES DE VERACRUZ

Huesa común, desierta y solitaria,
Huérfano hogar, matronas desvalidas,
Ilusiones en polvo convertidas,
El eco de la múltiple plegaria
En són desgarrador subiendo al cielo,
Lóbregas noches de espantoso duelo;
Todo eso, patria mia,
En un rincón de tus hermosos lares
Donde morar debiera la alegría.....
Y allí rugió la tempestad bravía
Sobre las mansas olas de los mares.

***

¿Y que he de daros yo, si el pecho triste
Ni puede con su pena, ni resiste
Tan bárbaro quebranto?
¡Que mano llega á restañar la herida
Por donde envuelta en pavoroso llanto
Rota la cárcel, escapó la vida!
¡Qué puedo daros yo, si en la escondida
Morada del amor trocó la suerte,
Velo nupcial en manto funerario,
En páramo el edén, la vida en muerte
Y en lúgubre sarcófago el santuario?
¡Ay! nada más de mi enlutada lira
El fúnebre lamento,
Nota fugaz del ave que suspira
Cabe la santa cruz del monumento;
Una flor arrancada al pensamiento,
Y con el llanto universal, el mio,
¡Seres desventurados! os envio
En las alas purísimas del viento!

JOSÉ PEON CONTRERAS

México, Agosto de 1879.

LOS MARTIRES

Era negra la noche, negro el manto
Cuyos pliegues augustos envolvían
La Ciudad de los Mártires, en tanto
Que allá á lo lejos con callado espanto
Sus penachos las olas sacudían.

—

Entre el silencio lúgubre que asombra,
No interrumpido por rumor lejano,
Duermen las naves en la oscura alfombra,
Como mónstruos marinos en la sombra
De la orilla salvaje del Océano.

—

Del seno del abismo allá á lo léjos,
Como una masa informe destacada,
Se dibujan del faro á los reflejos,
Del castillo feudal los muros viejos,
Sobre las rocas de la mar callada.

—

De la torre en la curz ¡santa divisa!
El pájaro nocturno se pasea;
Algo terrible su presencia avisa,
Que el eco solo de la triste brisa
Sobre las negras piedras aletea.

—

En un vago sopor calenturiento
Se aduerme la ciudad, nada revela
Su blanca frente y sosegado aliento,
Cuando se oye en el ancho pavimento
Las pisadas de un génio que está en vela.

—

Se acerca lentamente y á su oído
Le dice estas palabras: "duerme, sueña,
La ráfaga del viento en un gemido
Vendrá á azotar tu pecho adolorido,
Como la ola del mar contra una peña!

—

Angélica beldad, duerme en buena hora,
Que en tu tranquilo sueño no adivinas
Que tu negro horizonte se colora
Con los tintes de sangre de una aurora
Que ceñirá tu frente con espinas!"

—

Al eco de esa voz responde el trueno
Con horrísono espanto, se oye el grito
De víctimas inermes, grito lleno
De imprecaciones mil, que el mar sereno
Devuelve en tempestad á un sér maldito!

—

De aquel salvaje en la fatal guarida,
Cada detonación que el pecho aterra,
Abriendo el plomo la sangrienta herida,
Es un hombre de menos en la vida,
Es un cadáver más sobre la tierra!

—

Allí la juventud agonizante,
De aquel verdugo sanguinario mofa.....
Salpicando de sangre su semblante;
Del infierno terrífico del Dante
Era aquel cuadro la maldita estrofa!

.....

Dormid en paz, en tanto que el destino
Ciñe de flores las radiosas frentes
Y le arroja á Caín, en su camino,
Una horrible corona de serpientes
Que enrosque al corazón del asesino!

JUAN A. MATEOS.

A LOS MARTIRES DE VERACRUZ

Si al destino fatal, vuestra memoria
Glorificar con el martirio plugo,
Con la quijada de Caín, la historia
Escribirá la historia del verdugo.

*

Negra, muy negra es la inflexible suerte
Que á abrir la tumba ante vosotros vino;
Mas no cambio el horror de vuestra muerte
Por la vida infeliz del asesino.

*

De vuestras tumbas brotará una idea
Que la tumba será de los malvados;
Pues Dios dispone que la sangre sea
Redentora de pueblos humillados.

*

Dormid en paz, sin odio ni rencores,
Víctimas de la infamia y la malicia!.....
¡Quiera Dios que con cráneos de opresores
Un altar os levante la justicia!

A. PLAZA

No porque vuestra historia no sucumba,
Que ya la fama con ardor pregona:
Como un triste homenaje en vuestra tumba
Humilde deposito esta corona.

Ireneo Paz.

México, Agosto de 1879.

EL 25 DE JUNIO

No es tiempo aún para cantar victoria,
Sangrando está la víctima propicia,
Y ennegrecen el cielo de la historia
Los eclipses del bien y la justicia.
¡Caín...Caín!...la chispa prometea
Dióle vigor al mármol esquiliano:
Hé ahí tu rota estátua, que gotea
La sangre, aún caliente, de tu hermano;
La hidra del rencor no está vencida;
El débil muere, se corona el fuerte,
Compramos el derecho de la vida
Con la triste moneda de la muerte.
En la tremenda lucha en que lidiamos,
Tiene el crímen su código: no importa
Que la verdad con el error combata,
Si un brazo se levanta.....¡se le corta!
Y si un cerebro piensa.....¡se le mata!

***

¡Madre de los dolores, noche errante!
Tu clámide despliega:
Sacude tus sandalias, y el camino
Detén, eterna ciega.
Cierra el paso á la luz; allá en la umbría
Tu cabellera de ébano destrenza;
No, que no alumbre al universo el día,
Porque á veces la luz es la vergüenza!
Mientras extiende sobre el mundo inerme
Su ala de cuervo la tiniebla, el crímen
Puede pasar furtivo y rebozado;
El día es delator de lo ignorado.
¡Feliz aquel que duerme!

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

SUPREMO CONSEJO DE MEXICO

Ad universi terrarum orbis summi arquitectonis gloriam deus meum que jus.

ARDO AB CHAO

BAL.·. NUM.·. XV.
Segunda série.

Desde el Valle de México en que reside el S.·. C.·. de los muy PP.·. SS.·. GG.·. II.·. GG.·. 33°.·. y último grado del Rito Esocés, Antiguo y Aceptado, bajo el C.·. C.·. del Zenit, cerca de la H.·. L.·. que corresponde á los 16°26'12''3, L.·. N.·. 96°6'45''8 L.·. O.·. de Greenwich.

A todos nuestros Muy Ilust.·. y SSubl.·. Príncipes del Real Secreto, GG.·. IInq.·. CComend.·., IIlust.·. CCab.·. EElegid,·. Kad.·., Sublim.·. Príncipes y caballeros; Grandes, inefables y sublimes FRANCOS Y ACEPTADOS MASONES *de todos los grados antiguos y modernos esparcidos sobre la superficie de ambos Hemisferios, y*

A todos aquellos que el presente vieren.

.....

Os hacemos saber que en la sesión de hoy el Sup.·. Cons.·.

Ha tenido á bien decretar y decreta:

"Artículo único. Queda expulsado para siempre de la ord.·. el General D. Luis Mier y Terán, Gobernador del Estado de Veracruz."

Comuníquese á todos los Supremos Consejos Extranjeros y á todos los Altos Cuerpos, GG.·. LL.·. de Est.·. y LL.·. Simb.·. de la jurisdicción de este Sup.·. Cons.·.

Y en cumplimiento de dicho acuerdo, EXPEDIMOS el siguiente BALAUSTRE, firmándolo de nuestra mano, y sellándolo con los GGr.·. Sellos de nuestro Sup.·. Cons.·. y G.·. Sec.·. G.·., en el Valle México, el 29 de Junio de 1879. (E.·. V.·.) NOS el Sob.·. Gr.·. Comend.·. Gr.·. Maes.·. de la Ord.·.—*Alfredo Chavero 33.*

Timbrado sellado por Nos, el G.·. Canc.·. Guard.·. sellos.—*Julio Zárate 33.*

Promulgado por mandato del Sup.·. Cons.·., Nos, el G.·. Sec.·. Gen.·.---*Eugenio Chavero 33*

LOS MARTIRES NUNCA MUEREN

Tal parece que las almas de los que inmolan generosos su vida en aras de la Patria, vagan incesantemente por el espacio, para ejemplo de la humanidad y remordimiento de sus verdugos.

Treinta y un años há que en la heróica Veracruz fueron sacrificados los patriotas que figuran en este folleto titulado *Corona Fúnebre*, escrito á raíz de la hecatombe: 24 y 25 DE JUNIO DE 1879.

Como al Gobierno de Díaz no convenía que corriera de mano en mano el folleto y se impusiera el mundo de sus crímenes, trató de recogerlo á todo trance, castigando severamente á quien lo leía ó poseyera en aquella época, por cuyo motivo permaneció bajo la tierra, y carcomido por el tiempo y la humedad llegó á nuestras manos ahora, el que reproducimos en conmemoración de las víctimas.

¡LA VERDAD SIEMPRE SURGE Y LOS DELITOS JAMAS QUEDAN IMPUNES!.....

¡El asesino está en pié! ¡La sabia Naturaleza le ha prolongado la vida para expiar sus crímenes!

El verdugo, á poco de cumplir ciegamente la órden telegráfica que recibiera de "*matar en caliente,*" perdió la razón. Cuentan que la viuda de Portilla fué quien le provocó el trastorno, mandándole todos los días sus huérfanos hijos á implorarle caridad.

Un día que esta señora llevó á recrear á sus hijos á un jardin público, pasó Terán con cuatro ayudantes que, por exceso de precaución, hacía que le acompañaran, y sin apercibirse de la señora acarició á uno de los niños, cuya criatura inocente fué á abrazarse de sus rodillas, y la viuda, montando en cólera, llamó á su hijo diciéndole: ¡¡Niño, apártate de ese hombre, que es el asesino de tu padre!!

Le impresionó tanto á Terán aquel reproche, que esa misma tarde dió muestras de enagenación mental, y por la noche, cuando lo llevaron á la mesa para cenar, los médicos que lo atendían vieron que al ir á trínchar una pieza de carne, volvió el tenedor y se lo hundió en la cabeza.

Durante su locura, veía espantado á sus víctimas revolcarse en las charcas de sangre, y levantaba las manos temblorosas señalando el retrato de Díaz. ¿Qué quería expresar el loco?.....

Entre los huérfanos hubo uno, cuyo nombre ignoramos, que al llegar á su mayor edad pretendió vengar la sangre de su padre y se puso en asecho del asesino, y cuando logró tenerlo á tiro, cazó el revólver para matarlo, pero al instante se apoderó de él la idea del crímen, esa que nos detiene y hace sufrir resignados á los mexicanos y tornó el arma á sus sienes y se quitó la vida.

Cuentan que la viuda de Terán guarda como objeto preciado, el mensaje que Díaz le dirigió á su esposo para matar, sin duda con el objeto de vindicarlo.....¡Vana esperanza! la Nación, justiciera, ha fallado ya sobre los sucesos acaecidos en la heróica Veracruz el 24 y 25 de Junio de 1879, señalando á Porfirio Díaz como asesino, y á Luis Mier y Terán como verdugo.

¡Loor eterno á los patriotas que han sucumbido por restaurar nuestras libertades perdidas!

MIG. ALBORES.

Fín.

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 072543553